



Si acepté hacer la reseña de este libro fue porque para mí es un reto de honestidad intelectual reseñar un libro que califica como timo la opción política en la cual siempre me he movido. Confesando, pues, que yo soy uno de los “timadores”, intentaré, siguiendo las indicaciones de Gadamer, dejar aparte aquellos pre-juicios falsos o ilegítimos que me impidan establecer un diálogo con el libro y conservar aquellos verdaderos que me permitan una comprensión adecuada del texto. Obviamente no prometo ser objetivo en esta reseña; pero tampoco lo prometo en ninguna, puesto que, al fin y al cabo es una subjetividad, es mi subjetividad, quien la realiza. Lo que sí prometo es lo que he dicho, mantener un diálogo honesto con el texto mostrando los puntos de acuerdo y desacuerdo, mostrando los puntos fuertes y los débiles que surgen ante mis ojos.

Y antes de abrir el libro ya surge el primer desencuentro. El título no me parece nada afortunado y la colección donde se publica menos aún. Éste es el número 17 de la colección *¡vaya timo!* y basta una simple ojeada al listado para percibir claramente que igual ésta no era la mejor colección para publicarlo. Desenmascarar como timo los ovnis, el yeti, el creacionismo, las abducciones o la parapsicología es una cosa, pero poner al

mismo nivel el fenómeno de la religión, el psicoanálisis o el nacionalismo es otra. Sinceramente me parece bastante frívolo ponerlo todo en el mismo saco y, en última instancia, en nada ayuda a tratar adecuadamente estas temáticas que no tienen nada que ver con el objetivo de la colección. La colección me parece un acierto. La presentación que el prestigioso Javier Armentia hace de ella y su objetivo me parecen encomiables. Suscribo plenamente lo que allí dice. Astrólogos, creacionistas, tarotistas y curanderos son, efectivamente, timadores que nos hacen perder tiempo y dinero. La ciencia tiene los mecanismos suficientes para desenmascarar a estos embaucadores y debe hacerlo a través de colecciones como ésta. Ahora bien, ampliar este afán iluminador e iluminista a estos otros aspectos sociológicos, políticos y del pensamiento es no haber entendido porque a la Ilustración le siguió el Romanticismo. Tal vez el nacionalismo –la religión o el psicoanálisis- sea un timo, pero no lo es más que el capitalismo, el comunismo, la economía, la historia, la antropología cultural o las ciencias políticas. Extrapolar el modelo nomológico de las ciencias naturales a otros campos del saber, creer que el único camino hacia la *verdad* es el *método* es olvidarse de Gadamer, es ponerlo todo en el mismo saco y saltarse la vieja y problemática distinción dhytleniana entre cien-

ROBERTO AUGUSTO, *El nacionalismo ¡vaya timo!* La decadencia de una ideología, Laetoli, Colección *¡vaya timo!*, 17, Pamplona, 2012, 144 pp. ISBN 978-84-92422-36-4.



cias de la naturaleza y ciencias del espíritu, entre ciencias nomológicas y ciencias idiográficas. Es, en definitiva, tirar por la calle de en medio.

Creo, pues, que aunque ésta es una colección de prestigio y de gran difusión, y aunque el hecho de publicar el libro aquí le permita llegar al gran público, tanto el título como la orientación de la colección pueden retraer a posibles lectores por la frivolidad con que se presenta el tema en este contexto. Sin embargo, cuando uno abre la tapa y empieza a leer ve que el contenido y el planteamiento de la cuestión no es de ningún modo frívolo ni ligero. Eso sí, desde las primeras páginas el autor deja claro su planteamiento y sus pre-juicios en el sentido positivo del término, deja claro el legado desde el que parte. En la introducción de poco más de dos páginas el autor se desnuda. Después de acotarnos el terreno en el que se va a mover -el filosófico- y después de dejar bien claro que este ensayo parte del hecho de que «*el nacionalismo existe, que es importante y que, por tanto, merece ser comprendido, asumido o rechazado total o parcialmente, según convengamos*» (p. 9), Roberto Augusto se posiciona. En el tercer párrafo ya nos señala que con este libro ha querido, además de analizar en profundidad el nacionalismo, «*ofrecer alternativas conceptuales*». Y continúa diciendo «*que este trabajo no estaría completo si no apuntara estrategias que permitan combatir y sustituir esta ideología política de una forma viable*» (p. 10). Coherencia con el título no se puede decir que le falte, pero no deja de ser cierto que con este planteamiento y con estas premisas el libro va dirigido a un público muy concreto, al público ya convencido de que el nacionalismo debe ser “combatido”. Para muestra un botón. Uno de los apartados del capítulo 5 se titula directamente *¿Cómo debemos enfrentarnos al nacionalismo en España?* Ese “debemos” en primera persona del plural deja bien a las claras la posición beligerante del autor. No se entienda esto como una descalificación del libro, sino simplemente como la constatación de un hecho. El autor tiene claro, y así lo dice abiertamente, que el nacionalismo debe de ser vencido. Se declara no antinacionalista, sino *no-nacionalista consecuente*. Para entender esto último, y todo el planteamiento del libro, el lector debe prestar atención al primer capítulo *¿Qué es una nación?* En él, el autor realiza una especie de filosofía analítica del lenguaje y una ontología categorial del nacionalismo. Creo que este capítulo, se esté o no de acuerdo con su planteamiento y con su punto de partida, tiene gran utilidad para navegar por tan complicado y complejo tema. El capítulo cuarto *Otros aspectos del nacionalismo* tiene una función similar pero bajando un poco más la reflexión a ras de suelo. En él se analizan, por ejemplo, las relaciones entre el nacionalismo y el cristianismo, la legitimidad o no del “derecho a la autodeterminación” -que él denomina como el *principio nacionalista de secesión*-, el tradicional victimismo nacionalista, el futuro del nacionalismo en un mundo globalizado... Es en este capítulo donde el autor señala -mínimamente a mi juicio- esas estrategias para “combatir” el nacionalismo. El autor confía, y así lo repetirá después en la escueta conclusión, que la «*globalización debilita el nacionalismo*» (p. 88) considerando que en los próximos decenios va a producirse un debilitamiento general del nacionalismo que, junto con lo que él considera grandes debilidades teóricas, llevará a una desaparición del nacionalismo por inadaptación a un nuevo escenario.

Pero su análisis no sólo se sitúa en un plano general o abstracto. Aunque sea así en los capítulos mencionados, en los capítulos tercero y quinto el autor entra al trapo y se ocupa de analizar nacionalismos y políticas nacionalistas concretas. Aclarado conceptualmente el panorama trata con serenidad el tema. Lo trata, afirma, desde la razón, no desde la fe o el sentimiento. Y hay que admitir que se cuida mucho de plantear el debate del nacionalismo desde



los sentimientos y las pasiones. No espere el lector un ataque visceral ni desnortado al nacionalismo, ni mucho menos a determinados nacionalismos concretos. Es cierto que se centra en el problema nacionalista en el Estado Español –aunque el autor dice que no debe ser llamado así- y en concreto en lo que podríamos llamar la “*qüestió catalana*”. El autor, afincado en Rubí (Barcelona), conoce en primera persona el debate nacionalista en Catalunya y es a la legislación catalana a la que hace, especialmente en el capítulo tercero, constantemente referencia. Es en este capítulo donde Roberto Augusto se dedica a concretar los análisis y aclaraciones realizadas principalmente en el capítulo inicial.

Hasta el momento el planteamiento del autor es absolutamente legítimo, puesto que pone todas sus cartas encima de la mesa, pero tal vez la perspectiva del tema sería diferente si, como quien escribe esta reseña, viviera en otra comunidad autónoma bilingüe –el País Valenciano- donde la situación del catalán es bien diferente y donde los nacionalistas somos una minoría. Sin embargo lo que sí puede tomarse, si no como una crítica, sí al menos como una carencia que no hubiese estado mal solventar, son las escasas referencias a otras experiencias nacionalistas, y más concretamente a las que se dan alrededor del mal llamado “*conflicto vasco*”. En ese aspecto se queda a mitad camino, puesto que una pequeña proyección de su interesante análisis y taxonomía del nacionalismo al caso vasco –o irlandés, por ejemplo- hubiese sido de agradecer. Un análisis más pormenorizado de otros nacionalismos europeos habría, sin duda, enriquecido el libro. Lo mismo sucede con el capítulo segundo *La nación según Fichte y Renan*. Éste es un interesante capítulo en el que se analizan dos pilares teóricos básicos del concepto de nación. El análisis de estos dos autores es ineludible, pero no menos que otras reflexiones como son las de Herder o Vico.

Pese a esto, cabe suponer que estas limitaciones vienen dadas por la propia concepción de la colección, de vocación didáctica y que seguramente limitará la posibilidad de profundización en los temas. Ahora bien, no se piense por lo dicho hasta ahora que el autor se dedica sólo a analizar los mal llamados “nacionalismos periféricos”. El último capítulo, el capítulo quinto, lo dedica a analizar el nacionalismo español y lo hace centrándose en los textos que a la cuestión dedica Gustavo Bueno. Cabe decir que su crítica a este autor es dura y rotunda, aunque posiblemente esto se deba a que Bueno, en este tema, se lo pone fácil. Como no podía ser menos, el autor que se ha declarado *no-nacionalista consecuente*, no se vende a ningún tipo de nacionalismo, ni al nacionalismo español de Gustavo Bueno que no duda en calificar como un «*grotesco anacronismo*» (p. 118).

En definitiva, el libro, que se lee fácilmente, y esto es un gran punto a su favor, es a mi entender una obra interesante para clarificar el debate sobre el nacionalismo y para ver cuáles son los puntos débiles y fuertes de los planteamientos nacionalistas catalanistas y españolistas principalmente. El lector crítico, que es a quien va dirigida la obra, puede encontrar en estas páginas un buen instrumento para deconstruir determinados estereotipos e imágenes falsas. Creo también que cualquiera que se interese por el tema debe ser consciente que el punto de partida del autor para tratar el tema, siendo legítimo, no es sin embargo el único posible.

El libro es coherente e interesante especialmente si se comparan determinados axiomas con el autor, axiomas algunos de ellos sin justificar en el texto. Afirmar que el «*nacionalismo... no nos conduce a la solución del problema sino que es el problema*» (p. 96) es exagerado o tal vez gratuito. No necesariamente se ha de estar de acuerdo en eso; pero aun admitiéndolo habría también que tener claro que la simple enunciación de la afirmación tampoco resolvería el problema, puesto que habría que discutir si el naciona-



lismo es realmente *el* problema o es más bien la manifestación de *un* problema que deberíamos determinar y concretar. No olvidemos que el nacionalismo tiene una génesis muy concreta, el siglo XIX, y no olvidemos tampoco que surge, a mi entender, por un planteamiento deficiente de la Ilustración del tema de la identidad. El autor en las primeras páginas renuncia a hablar del origen del nacionalismo, y metodológicamente es legítimo, puesto que cada uno acota los límites de su investigación. Pero estoy seguro que se puede encarar el debate sobre el nacionalismo de otra manera si dialogáramos con Herder, Berlin, Habermas, Morin o Bauman. Claro, que eso sería otro libro y yo les he reseñado éste. Espero que no se sientan timados por alguien que ha empezado reconociéndose “timador”.

*Josep Bermúdez*